

CRITICA  
DE LAS  
IDEOLOGIAS  
ECONOMICO-SOCIALES  
EN LA  
CAMPAÑA PRESIDENCIAL  
DE  
EL SALVADOR

*Escribe*

ING. ROMAN MAYORGA QUIROS



*"Las ideas de los economistas y de los pensadores políticos, tanto cuando tienen razón como cuando se equivocan, tienen más influencia de la que generalmente se cree. Los hombres prácticos, que se creen libres de toda influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún difunto economista. Los locos que ostentan el poder, que oyen voces en el aire, extraen su locura de las obras de algún escritorzuelo académico de algunos años atrás".*

**John Maynard Keynes, 1936**

## I. INTRODUCCION

Son tan escuetas las exposiciones de política, tan poco discutidos los modelos subyacentes de organización económica y social, que se nos proponen a los ciudadanos comunes en la actual contienda electoral, y tan profusa la propaganda insustancial, que apenas se podría intentar una evaluación del grado en que las soluciones prometidas, responden a la gravedad de los problemas salvadoreños.

Con todo, hemos osado hacer esa evaluación, utilizando todo pronunciamiento que haya estado a nuestro alcance, todo indicio no escapado a nuestra observación\*.

El plan general del artículo es el siguiente: se comienza cada una de las dos secciones mayores, intentando ubicar la posición ideológica de los diferentes partidos, a partir de sus propias declaraciones; se expone luego, de una manera sucinta y elemental, —en beneficio de los lectores no familiarizados con las teorías económicas— el modelo teórico que parece estar detrás de tales posiciones; y se discute finalmente la conveniencia de tales modelos desde tres puntos de vista: en cuanto a sus posibilidades de generar desarrollo económico en El Salvador, en cuanto al desarrollo integral salvadoreño, y en cuanto a las opciones de valor.

En nuestro afán por encontrar y mostrar un sentido coherente en las afirmaciones de los contendientes, podemos haber incurrido en interpretaciones demasiado rígidas de las posiciones ideológicas de los diferentes partidos. Sin embargo, pensamos que las diferencias entre los modelos teóricos y las posiciones reales, podrán ser diferencias de grado, difícilmente de especie.

En todo caso, sabemos que las puertas de esta Revista estarán abiertas a cualquier partido que desee aclarar su posición, o refutar nuestros puntos de vista.

\* Al momento de finalizar este artículo no contábamos aún con las respuestas de los candidatos a las preguntas de ECA.

## II. LA IDEOLOGIA CLASICA LIBERAL

Los miembros del Partido Popular Salvadoreño se han definido claramente como defensores del sistema capitalista-liberal, que ellos sienten amenazado por lo que llaman la "demagogia izquierdizante" de unos, y el "oportunismo centrista" de otros. La motivación básica, declarada, que los mueve a entrar en la palestra, es la defensa del sistema de "empresa privada", en la creencia de que la búsqueda de lucro personal por quienes poseen privadamente las unidades económicas de producción y distribución, se identifica con el principio normativo del comportamiento económico que habrá de llevar necesariamente al bien común. Suponen que las fuerzas de la oferta y la demanda, —la "soberanía del consumidor" que señala a los inversores incentivos y oportunidades— actuando en el mercado con el mínimo posible de interferencias estatales, constituye un esquema eficiente para combinar las libertades personales y el desarrollo económico. Este último lo entienden como incremento real de la producción per-cápita, derivado del mejoramiento tecnológico y de la inversión de recursos ahorrados. El bienestar social es consecuencia necesaria del desarrollo económico; y la búsqueda directa del primero por el Estado conduce más bien a la obstrucción de la creatividad individual, al estancamiento de la inversión y por ende del producto.

Son estos, en forma muy escueta, los temas básicos del pensamiento económico-social del P.P.S. Temas típicos y consabidos de la ideología clásica liberal.

Como consecuencia lógica de sus premisas, el P.P.S. se manifiesta en contra de una Reforma Agraria en El Salvador y propicia lo que llama una "reforma en lo agrario", refiriéndose presumiblemente, a la "revolución verde" o aplicación de modernos conocimientos tecnológicos a la agricultura, con el objeto de elevar rápidamente la productividad. Aunque tal vez no lo haya declarado explícitamente, es perfectamente congruente con las premisas que el P.P.S. sostiene, suponer que está también en contra de la sindicalización campesina, en contra de mayores impuestos, en contra de la inversión estatal masiva en sectores productivos, en contra de los déficits fiscales, en contra del control monetario y financiero del Estado, en contra de la legislación laboral benefactorista que pretenda incrementar prestaciones sociales a los trabajadores, en contra de todo lo que pueda significar un aumento sustancial del peso del Estado en la economía, o una interferencia sindical o estatal en las determinaciones que los poseedores privados del capital toman en su gestión de obtener los mayores beneficios posibles.

En vista de la notable ambigüedad que rodea al término "liberal", conviene hacer aquí la aclaración de que no lo estamos empleando en el sentido de amplitud de criterio en que ocasionalmente lo emplean algunas personas. A similar aclaración nos lleva hoy día, la falta de diferencias ideológicas sustanciales —en cuanto a los asuntos que estamos considerando— entre los tradicionales partidos liberales y conservadores en Centroamérica. Por tales motivos, tal vez habría convenido que en lugar de "liberales", empleáramos el término "libero-conservadores".

Aunque son liberales, o libero-conservadores, y defienden acérrimamente la orientación lucrativa de la empresa privada, no sería justo pretender que todos los miembros y simpatizantes del P.P.S. actúan en política, primariamente motivados por un egoísmo pecuniario, deliberado y vulgar. Hay quienes, carentes de una ideología explícita y consciente,

se convencen de la conveniencia de apoyar a candidatos determinados, por razones superfluas que poco tienen que ver con dicho egoísmo; y hay quienes también, a fuerza de convenir a sus intereses, o por cualquier otro motivo, llegan a adoptar sinceramente la ideología liberal y a propiciar la implantación de modelos liberales en su patria, como más conducentes, en su opinión, al logro del bien común.

El Frente Unido Democrático Independiente (F.U.D.I.) enfatiza también en su "Declaración de Principios y Objetivos" y en todos sus pronunciamientos y mensajes a la nación, su adhesión a la "vía capitalista de desarrollo económico". Es menos claro, sin embargo, que lo que con ello quiere decir, represente el mismo tipo de capitalismo, urbano, bancario, industrial, de modernización tecnológica en el agro, que propicia el P.P.S.

Más que un partido ideológico, el F.U.D.I. parece ser un movimiento surgido alrededor de una persona para llevarla al poder. Con todo, lo incluiremos en esta discusión de la ideología clásica liberal porque, en sus pronunciamientos explícitos, hace afirmaciones propias de esa ideología.

Tanto el P.P.S. como el F.U.D.I. han enunciado ciertos principios generales del liberalismo, pero no han formulado una teoría de desarrollo económico-social, del sistema de capitalismo liberal, mostrando su aplicabilidad concreta al caso salvadoreño. Intentaremos a continuación explicar el modelo teórico subyacente, para discutir luego, críticamente, sus posibilidades en nuestro país.

## 1. El modelo estático liberal

Siendo el caso que todos los seres humanos deben satisfacer necesidades para vivir, y que dicha satisfacción exige la disponibilidad de bienes y servicios que no se dan espontáneamente en la naturaleza, o no se dan en cantidades suficientes; y que dichos bienes y servicios deben producirse con recursos que tampoco son ilimitados, cualquier conglomerado humano debe contar con un sistema para organizar racionalmente la producción y la distribución de lo producido. Como afirma Samuelson, ninguna sociedad puede escapar a la necesidad de definir, aunque no siempre la definición se realice por un proceso consciente, qué bienes y servicios deben producirse, cómo deben producirse, y para quién serán producidos.

La doctrina liberal presupone que, en un período de tiempo dado, hay ciertas personas en el conglomerado que poseen privadamente los medios de producción, ya sea la tierra misma y demás recursos naturales, o sea el capital físico y monetario (entendiendo por tal, aquellos bienes físicos producidos por el hombre que a su vez sirven para producir otros bienes o servicios, o la capacidad de adquirirlos en virtud de la posesión sustancial de dinero).

Llamaremos a tales personas del conglomerado "capitalistas" y a los demás, quienes no poseen recursos de producción sino sólo su propio trabajo, "trabajadores"; aunque nada impide, en la doctrina liberal, que los capitalistas también trabajen.

Las cuestiones de Samuelson son entonces resueltas, en el sistema liberal, de la siguiente manera: todos los consumidores del conglomerado, que incluyen desde luego a trabajadores y capitalistas, demandan bienes y servicios según sus necesidades y capacidad adquisitiva. Están dispuestos a pagar un precio a quien ofrezca lo que necesitan, precio que en cada caso refleja, más o menos, la utilidad adicional subjetiva medida en uni-

dades monetarias, que proporciona al consumidor la adquisición del bien o servicio. Se presupone que la utilidad marginal disminuye a medida que aumenta el consumo y que el comportamiento "racional" del consumidor se logra cuando la relación de la utilidad marginal y el precio se iguala para todos los bienes y servicios; ya que entonces —puede demostrarse matemáticamente— se hace máxima la utilidad total del consumidor. Supuesto también que los consumidores son en general "racionales", puede derivarse de las anteriores premisas la existencia —para determinada unidad de tiempo, en determinada economía, con determinadas circunstancias— de una "curva descendente de la demanda" o función inversa entre el precio y la cantidad demandada para cada bien o servicio.

Son estas curvas de demanda —los consumidores, en su deseo de satisfacer necesidades— las que indican a los productores lo que deben producir. Cuanto mayor sea la escasez de un producto deseado por los consumidores, mayor será su utilidad marginal y el precio que los consumidores estarán dispuestos a pagar para adquirirlo. Tal cosa señalará mayores incentivos a los productores para producir el artículo en cuestión.

De la misma manera que existen curvas descendentes de demanda, existen "curvas ascendentes de oferta", lo cual dice simplemente que cuanto mayor sea el precio que los productores puedan lograr por un producto, mayor será la cantidad que estén dispuestos a ofrecer. Se supone libertad de acceso a la producción y perfecta competencia entre los productores. Existen así curvas de oferta y demanda que se intersectan en determinado punto, que indica tanto el precio que regirá para el producto como la cantidad que será producida del mismo. Es este el punto de equilibrio del mercado, supuestas las curvas y todas las condiciones que las determinan.

Si los consumidores expresan libremente sus necesidades a través de la demanda en el mercado, y los productores, capitalistas y trabajadores, pueden hacer libremente las combinaciones de trabajo y producción que les convengan, el sistema de precios determinará qué bienes y servicios la economía debe producir. Si un producto está escaso, con relación a las necesidades y capacidad adquisitiva de los consumidores, subirá el precio, y ello mismo hará que los productores incrementen la producción; si existe sobreabundancia del producto, bajará el precio, y ello hará que los productores dejen de producirlo, en parte, y dediquen los recursos sobrantes a la producción de algo que se necesite más. Tal esquema, según la doctrina liberal, se entorpece cuando hay interferencias artificiales del Estado, determinando señalamientos distintos de los que realmente desea la sociedad. Es mejor por lo tanto dejar que cada quien, actuando según lo que le indique su propio egoísmo económico, haga lo que desee; porque hay una "mano invisible" —el sistema de mercado en sí— que llevará a todos a lograr el máximo bien para la sociedad entera.

Este mismo esquema determinará para quién se produce, porque así como hay curvas y mercados para cada bien (la teoría es aplicable a bienes de consumo y de capital), también existen curvas de demanda y oferta para los servicios de los factores de producción. Los servicios del trabajo humano y del capital tienen también sus precios, que se determinan de la misma forma, y los capitalistas y trabajadores, recibirán las correspondientes remuneraciones, según el precio y la cantidad de lo que cada quien posea y ponga al servicio de la sociedad. Los ingresos así devengados, servirán para demandar en el mercado, según las necesidades y conveniencias de cada quien. Como los ingresos determinan la capacidad adquisi-

tiva de las personas y familias (la capacidad para demandar), el sistema resuelve también el problema de cómo distribuir lo que se produce entre los distintos miembros de la sociedad.

**Cómo se produce**, lo determina la tecnología disponible y el interés de los **capitalistas**. Entre diversas técnicas o vectores de producción (distintas combinaciones de factores de producción que pueden utilizarse para producir determinada cantidad de un bien), los capitalistas elegirán aquellas que hagan máximos sus beneficios económicos (igualarán los costos y beneficios marginales). Bajo ciertos supuestos, que hacen relación a la igualdad entre precios y costos de oportunidad de los factores de producción, las técnicas de mayores beneficios para los capitalistas, serán también las técnicas de menor costo para la sociedad; aquellas que hacen máximo el rendimiento económico de todos los factores.

Se llega así a un glorioso equilibrio, en que el egoísmo, como norma máxima del comportamiento humano, conduce a la sociedad a producir lo que sus miembros desean de la manera más eficiente posible, y a remunerar a cada quien "en justicia" según lo que su trabajo, o lo que posea, pueda contribuir a la economía.

Sería desde luego inmensamente prolijo, discutir los supuestos, ampliaciones, explicitaciones de ratiocinios, y refinamientos técnicos a que da lugar el modelo económico liberal. Los supuestos marginalistas de la teoría de la producción y de los precios, de libre competencia, del proceder humano, del crecimiento demográfico, el rol del dinero y de las instituciones financieras, el sistema fiscal, el comercio internacional, son entre otros, temas vastamente tratados en una inmensa masa de trabajos que van desde la publicación de "La Riqueza de las Naciones" de Adam Smith en 1776, pasando por Ricardo, Malthus, Mill, Say, Marshall y muchos otros pensadores, predominantemente anglosajones, hasta el reciente refinamiento de la teoría cuantitativa del dinero (del Profesor Milton Friedman de Chicago), cuyo estrepitoso fracaso, al ser aplicado en 1969 y 1970 por la presente administración norteamericana, la obligó en noviembre de 1970 a proseguir una política esencialmente Keynesiana, que habían ya adoptado las dos previas administraciones.

No podemos apartarnos tanto del tema central de este artículo, entrando en más detalles, pero tampoco creemos haber desfigurado el núcleo esencial del modelo estático liberal. La ampliación del modelo, para convertirlo en dinámico, es aún más directamente pertinente a la teoría de desarrollo económico, que está subyacente en los principios del P.P.S. y del F.U.D.I. La expondremos con mucha brevedad.

## **2. El modelo dinámico liberal**

La capacidad total de producción de una economía en un período dado depende, de los recursos naturales con que está dotada, de la magnitud y de las habilidades laborales y empresariales de su población, del estado de la tecnología, y del capital físico con que cuenta. La esencia del desarrollo económico es aumentar con el tiempo esa capacidad, a una tasa mayor que la del crecimiento de la población. Tal cosa exige explotar más intensamente los recursos naturales, educar y entrenar masivamente a la población, mejorar la tecnología, y aumentar rápidamente el capital.

En un período dado, cualquier economía exige que parte de sus recursos productivos se empleen para la producción de bienes y servicios

para el consumo corriente, pues de otra manera los habitantes no podrían subsistir. Pero si toda la capacidad se emplea para el consumo, no quedarán recursos disponibles para la inversión, es decir, para el aumento de la capacidad, ya sea en más o mejor capital, más y mejor entrenamiento en habilidades productivas, etc. Se impone por lo tanto el ahorro, y la inversión de lo ahorrado, si se desea una economía en crecimiento. En una economía abierta, con relaciones comerciales internacionales, no es indispensable que los bienes de producción se produzcan localmente: se pueden importar, con las divisas que produzca la exportación de bienes y servicios, o la inversión y crédito extranjeros. También se pueden importar materias primas y, en cierta medida, habilidades productivas y empresariales especializadas.

El ahorro y la inversión son verdaderamente cruciales para cualquier tipo de desarrollo económico. El modelo liberal dice que prácticamente todo el ahorro y la inversión deben ser privados, particularmente cuando se trata de inversión en los llamados sectores productivos, agricultura e industria, en el comercio y en la mayor parte de los servicios. Se exceptúan de la regla las actividades en donde no se puede aplicar, o resulta muy difícil hacerlo, el principio de exclusión; es decir, en donde no se puede excluir del uso o protección, a las personas que no pagan (infraestructura, defensa, etc.). En general el modelo liberal tiende a exceptuar de la inversión privada, aquellos sectores en donde los ingresos directos posibles no alcanzan a cubrir los costos. En estos sectores, y sólo en ellos, el Estado puede intervenir, y se le permite por lo tanto cobrar impuestos, ya que de otra manera, tampoco el Estado podría realizar y operar los proyectos y actividades necesarios. Para los liberales, el mejor gobierno, es el que gobierna menos. Por eso están en contra de cualquier gestión pública que no sea para ellos absolutamente imprescindible para mantener el esquema de mercado. Por eso están en favor de lo que se ha llamado "el estado policía" o "estado gendarme".

¿Cómo se produce entonces, privadamente, el ahorro y la inversión? Muy sencillo. Las personas que integran el conglomerado social son previsoras, y no consumen todo lo que ganan. Los trabajadores guardan para el mañana, a fin de satisfacer necesidades futuras o imprevistas. A los capitalistas les sobra tanto que no pueden físicamente consumir todo lo que les ingresa, y como son, y deben ser, muy egoístas, quieren ganar más en el futuro, para lo cual invierten los excedentes propios, y los demás ahorros que a ellos se canalizan por medio de un sistema institucional financiero. ¿Dónde invierten los capitalistas? Adonde puedan obtener máximos beneficios. ¿Qué les sirve de criterio? La demanda del mercado que les pague un precio que permita cubrir los costos de la producción y distribución, y dejar a la vez utilidades. El mercado y los precios nuevamente señalan incentivos y oportunidades que indican dónde los capitalistas deben invertir. La nueva inversión genera más y mejores empleos, más ingresos, lo cual amplía la demanda, vuelve a generar ahorros y a repetir el ciclo del crecimiento.

El modelo estático y el dinámico se combinan así para explicar, no sólo el glorioso equilibrio en determinado momento, sino también, algo que se parece a una gloriosa serie de equilibrios "in crescendo". Nuevamente, no intentamos incluir aquí todo lo que es propio de un texto liberal de desarrollo económico, sino simplemente señalar lo más fundamental del modelo clásico. Es necesario discutir ahora la aplicabilidad de ese modelo a la economía salvadoreña.

Haremos la crítica desde tres puntos de vista: como modelo inadecuado para producir desarrollo estrictamente económico, o incrementos masivos de la producción real per cápita; como más inadecuado aún para producir el desarrollo integral y como una, peor aún, opción de valor.

### 3. Crítica del modelo liberal desde el punto de vista del desarrollo económico

No sabríamos precisar cuándo se introdujeron en la economía de El Salvador los primeros elementos de capitalismo liberal, propiamente dicho. Pero el caso evidente es que nuestra economía adolece de una dicotomía propia de los países semi-capitalistas, económicamente atrasados, que consiste en existir, al lado de un sector capitalista moderno, una economía de subsistencia, agraria, minifundista, con producción para el autoconsumo, y poco empleo del mercado y del dinero. Esta sola consideración arrojaría muchas dudas acerca de la aplicabilidad general del esquema liberal de mercado, porque una parte muy apreciable de la actividad económica de la población tiene muy poco que ver con ese mercado. Pero no nos detendremos en esa importante consideración, y nos concentraremos únicamente en el sector propiamente capitalista. Tampoco analizaremos las deficiencias estáticas de los mercados salvadoreños; es claro, por ejemplo, que en nuestro país no se dan, ni por asomo, las condiciones requeridas por la perfecta competencia (en el estricto sentido técnico del término) del modelo liberal, ni la igualdad entre remuneraciones, costos de oportunidad y productividad marginal de los factores. Analizaremos pues, solamente, deficiencias dinámicas del sector propiamente capitalista.

Es evidente que el producto territorial bruto salvadoreño se ha incrementado, en términos absolutos, en el curso del presente siglo; como lo es también el hecho de que una parte reducida de la población, ha elevado notablemente su consumo. Existe ahora algo que puede llamarse sector industrial; y el desarrollo urbano de nuestra capital convencería a algunos de que hemos tenido mucho progreso económico. Esa impresión es bastante superficial, porque al tomar en cuenta los enormes aumentos en la población, la elevación de los precios, y el aumento de las desigualdades entre el 5% de mayores ingresos y el 95% más pobre de los habitantes, no resulta nada claro que se haya elevado mucho el producto real per cápita. La impresión de progreso, de quien la tenga, se debe predominantemente al progreso de los favorecidos por el proceso de concentración del ingreso. Lo que resulta absolutamente indiscutible es que el aumento absoluto de la producción ha sido gravemente insuficiente, para evitar un aumento constante del ejército de los indigentes. El problema de miseria masiva se hace cada vez mayor.

No se diga que el problema se debe a "intervencionismo estatal" en la economía en la última década, o en las dos últimas. El problema es muy anterior y los recursos de producción han estado en manos privadas durante todo el siglo, además de que, aún ahora, los capitalistas gozan de una notable libertad para hacer con esos recursos lo que quieran. ¿A qué se debe pues ese catastrófico fracaso? ¿No produjo el modelo liberal en Estados Unidos y Europa Occidental un gigantesco aumento de la producción? ¿Por qué no trabaja en El Salvador? ¿Cuáles son sus perspectivas en el futuro?

En nuestra opinión el modelo liberal no funciona en nuestro país desde el punto de vista dinámico de incrementar rápidamente la produc-

ción per cápita; ni funcionará en el futuro previsible, porque El Salvador no tiene ni el tipo de capitalistas, ni las condiciones estructurales e institucionales, ni el ambiente social, ni la jerarquía de valores que se requieren para que el modelo liberal funcione. El contexto entero es demasiado diferente del que prevalecía en los países donde pudo incrementar en gran medida la producción per cápita. Veamos algunos ejemplos.

- a. Existen ahora poderosos ejemplos de demostración para el pequeño sector social salvadoreño con capacidad sustancial para ahorrar; es decir, hay una adopción de patrones de consumo de las élites de países super-desarrollados. No somos los salvadoreños los puritanos ahorradores de los siglos XVIII y XIX con su "ética protestante", ni tampoco existía entonces la inmensa variedad de bienes y servicios de consumo, asequibles en nuestros días a través de la producción local y la importación. Es cierto que ahora existen modernos procesos tecnológicos más productivos que hacen posible el consumo masivo en algunos países; pero el punto que señalamos es que los efectos de demostración hacen el ahorro voluntario, en El Salvador, muy inferior a lo que sería sin ellos.
- b. En lo que se refiere al uso del ahorro, no son en general los capitalistas salvadoreños los grandes capitanes de la industria, los ingeniosos innovadores, obsesionados con dar expresión material a una fuerza interna de productiva creatividad. Con algunas excepciones, los capitalistas salvadoreños están más bien apegados a una mentalidad mercantilista o latifundista, que los lleva a preferir inversiones de rápida ganancia comercial, y/o de gran seguridad. Cuando son financieramente refinados invierten (invertían) en Gramco, especulan en la bolsa de Nueva York, o colocan de otra manera las escasas divisas del país en mercados extranjeros de dinero y capital. Es de sobra conocido que este tipo de inversiones no es el adecuado para incrementar la producción de nuestro país.
- c. Los mercados salvadoreños son de muy pequeña magnitud y la competencia internacional y el desarrollo tecnológico mundial hacen sumamente difícil a los exportadores salvadoreños colocar en mercados extranjeros otros productos que no sean los tradicionales de una economía primaria. Incluso los mercados de los productos agrícolas tradicionales son limitados, tambaleantes e inseguros. El Mercado Común Centroamericano, a pesar de sus inmensas deficiencias, es un aspecto positivo en este sentido. Pero las verdaderas soluciones al problema centroamericano de falta de mercado deben incluir intervenciones del Estado para redistribuir el ingreso. Los libero-conservadores son alérgicos a tales intervenciones.
- d. Los niveles bajísimos de salud y educación, son un freno tremendo de la productividad. La tradicionalidad y rigidez de la estructura social son bastante pronunciadas; la infraestructura social entera es sumamente inadecuada para hacer posible un incremento masivo de la producción. Esta situación requiere, nuevamente, poderosos correctivos del Estado. Los liberales están de acuerdo teóricamente en poner remedio a esa dolorosa situación, pero retroceden en la práctica cuando se enteran de los medios que hay que poner.
- e. Los capitalistas salvadoreños no son considerados en el ambiente social, excepto en su círculo, como los grandes héroes que habrán de salvar al país. El prestigio social del capitalista privado está decre-

ciendo sensiblemente (nótese el tono defensivo a este respecto del primer mensaje del P.P.S., cuando se refiere a "la gran intriga" y "la teoría del despojo"). Un número creciente de intelectuales de la clase media se refiere a ellos peyorativamente; y penetra en las masas oprimidas la conciencia de su condición de seres marginados y explotados. A pesar del dicho popular, cada vez más elementos jóvenes, —por lo menos— de las fuerzas armadas perciben que la situación de improductividad e injusticia actual se está haciendo cada vez más intolerable. No es de extrañar que en un ambiente tal, los capitalistas se sientan intranquilos, se obsesionen con valores de seguridad, procuren exportar capital, y reduzcan, a niveles ínfimos, la inversión.

Los liberales tienden a considerar esa situación como producto de una diabólica conspiración, en la que han sido involucrados, sin saberlo, muchísimos tontos útiles, bajo la permisiva y complaciente actitud de gobiernos neo-liberales. Buscan el poder político, y piensan que al establecer un gobierno liberal habrán de inspirar confianza en los inversionistas y revertir las corrientes ideológicas. Algunos piensan simplemente, contradiciendo el modelo de libertad política que dicen propiciar, que se trata de aplastar con mano dura a los críticos del sistema económico liberal.

Pensamos que se equivocan en su diagnóstico y prescripción. Porque la situación es la resultante de un complicado conjunto de factores que estarían fuera de su control, aunque tal vez sí lo estén algunos de sus elementos. Algunos de tales factores son: la objetiva situación de miseria e injusticia que pesa sobre las grandes masas salvadoreñas; los numerosos ejemplos de demostración de otros países, el progreso de las comunicaciones, la continua socialización en el sentido de aumento en la vida de relación; las modas intelectuales; los grupos conspiradores; la relativa libertad de asociación y el progreso sindical; la actitud mundial de la Iglesia Católica; el espíritu crítico de la naturaleza humana, y de los intelectuales particularmente; etc., etc. Podrán exportar disidentes, "eliminar" radicales y acallar voces inquietantes. Tal vez así lograrían un corto y relativo período de tranquilidad; o tal vez todo lo contrario. A la postre —más antes que después— polarizarán en su contra a los indiferentes, radicalizarán a los descontentos, llevarán a extremos de violencia a los radicales, y harán surgir nuevas voces inquietantes, más convencidas y furibundas que antes. El país no está ciertamente, para esas contradicciones liberales.

El punto crucial de esta discusión sobre el ambiente social y los capitalistas está en los efectos deprimentes sobre la inversión privada. Sin esa inversión, el mismo modelo liberal predice el estancamiento o el retroceso, por la depreciación del capital y los aumentos de población.

Reflexionando sobre el efecto conjunto de todas esas "coincidencias", en un contexto geográfico limitadísimo, carente de recursos minerales y con una de las más altas tasas de crecimiento de la población en el mundo, nos explicamos el terrible embotellamiento de la economía salvadoreña y la impracticabilidad del modelo económico liberal, desde el punto de vista del crecimiento económico.

No hemos discutido una última posibilidad de crecimiento liberal del producto per cápita, porque esperamos que nadie la considere seriamente: entregar completamente la economía a una potencia capitalista y

convertirnos en una especie de "estado libre-asociado". Esta solución es también impracticable, entre otras cosas, porque nos repugna a la inmensa mayoría de los salvadoreños. La prueba está en que ningún político la menciona en público. La voluntad de ser uno mismo, de preservar la propia identidad, es en nosotros muy superior a la voluntad de incrementar el producto.

#### 4. **Crítica del modelo liberal desde el punto de vista del desarrollo integral**

Hemos argumentado hasta ahora como si el objetivo del desarrollo económico, el aumento de la producción per cápita, fuera el más importante de los objetivos. Reconocemos que es muy importante porque constituye un elemento necesario del desarrollo integral, "desarrollo de todos los hombres y de todo el hombre". Pero tenemos una objeción fundamental a la tesis del liberalismo económico, que identifica —en cuanto a prescripciones normativas, aunque tal vez no conceptualmente— el desarrollo integral con el económico. La obsesiva subordinación de valores al incremento de la productividad es uno de los mayores peligros de la tecnocracia liberal y neo-liberal.

Propiamente, no sería necesario demostrar que el modelo liberal tampoco producirá en nuestro país el desarrollo integral, porque hemos argumentado que ni siquiera sirve para lo que dice ser bueno: para el desarrollo económico. Pero la difundida creencia de que el progreso social y humano sigue necesariamente a, o se da concomitantemente con, el progreso económico, es una falacia que amerita consideración.

Es esta falacia precisamente la que causa tantos problemas sociales internos a la potencia super-capitalista más desarrollada del mundo, los Estados Unidos, un país cuyo producto por persona se acerca a los 5.000 dólares anuales (¢ 12.500); cuyos ingresos familiares promedio deben superar al equivalente de ¢ 4.000 al mes, y que tiene todavía por lo menos al 15% de su población viviendo en la miseria; además de tener una inmensa variedad de necesidades públicas insatisfechas. Para nosotros, la tolerancia norteamericana de esa situación es verdaderamente inconcebible, como lo es también para sus minorías discriminadas, para su juventud rebelde aunque incoherente, para muchos de sus intelectuales universitarios, e incluso, para algunos hombres de empresa conscientes. (Véase el artículo de Melvin Anshem "Un papel social para la empresa privada" en la revista "Facetas", Vol. 4, No. 3, 1971).

Aunque no aceptemos tampoco que el bienestar social material sea equivalente a la felicidad humana, veamos cómo puede ocurrir que se incremente la producción per cápita sin que ello afecte materialmente el nivel de vida de algunos sectores de la población (la inmensa mayoría de los habitantes en nuestro caso).

En algunos casos pueden existir, dentro de un mismo país, dos o más economías yuxtapuestas, prácticamente aisladas una de la otra, incluso geográficamente. Si todas las economías yuxtapuestas están estancadas, menos una minoritaria que crece, en términos per cápita, el promedio conjunto también crecerá, aunque ello no afecte en absoluto a la mayoría de los habitantes del conjunto. Algo de esto ocurre, por ejemplo, en el Brasil. Podría incluso ocurrir que todas las economías menos una decrezcan en términos per cápita, y el promedio de conjunto aumente por el rápido crecimiento de la excepción.

Siguiendo con el mismo ejemplo, el mismo fenómeno esencialmente puede ocurrir dentro de la economía de excepción, si la riqueza está, dentro de ella, muy desigualmente distribuida. Esto pareciera extraño, pues alguien debe demandar y comprar los incrementos en la producción que excedan de lo que se necesita para mantener estático el producto per cápita. Si esa economía está constituida por dos estratos sociales, el "A" que representa el 5% de la población, y el "B" que incluye el 95% restante, ¿cómo es posible que aumente el producto per cápita sin afectar el nivel de vida del estrato mayoritario? Puede ocurrir por varios motivos: los compradores pueden estar fuera de esa economía; es decir, gran parte de la producción puede hacerse para la exportación a mercados internacionales y las divisas así generadas quedarse en manos del 5% afluente. Puede también ocurrir que un 5%, el estrato "A", aumente indefinidamente su capital y su consumo, creándose continuamente nuevas necesidades (estimuladas por la publicidad) e imitando cada vez más a los patrones de consumo de las elites de países muy desarrollados económicamente.

Tendríamos así, realmente, dos economías dentro de la misma: la del estrato "B", estancada o decreciente en términos de riqueza y consumo per cápita; y la del estrato "A", cada vez más afluente. Nada impide en esto que algunas familias humildes dejen de serlo en el proceso. Al fin y al cabo el 5% de una población creciente es una cifra absoluta en crecimiento. Puede incluso ocurrir que el estrato "B" disminuya lentamente su participación porcentual dentro de la población, de 95% a 90%, en una década por ejemplo, y que a la vez aumente el número absoluto de familias en ese estrato, porque el crecimiento de la población sea tan rápido que el 90% de las familias al final del período sea un número absoluto mayor que el 95% al comienzo del período.

La conclusión de todo esto es que pueden existir continuos aumentos en el producto per cápita, sin que favorezcan en absoluto a la inmensa mayoría de la población. Las condiciones más aptas para que esta divergencia ocurra se dan precisamente en El Salvador: dicotomía económica, alta concentración de la riqueza y del ingreso, gran importancia relativa de la producción para la exportación; y propensión en el estrato afluente a adoptar patrones extranjeros de consumo.

El modelo liberal de desarrollo económico tiende de manera natural a enfatizar las desigualdades económicas, porque partiendo de un nivel bajo de ingreso per cápita es precisamente en virtud de esa desigualdad que un estrato puede ahorrar sustancialmente e invertir. Si todos están ligeramente arriba del nivel de subsistencia, ¿quién podría ahorrar sino el Estado? De esta preferencia por la desigualdad económica se deriva toda una serie de fenómenos y actitudes de apoyo al más fuerte, que determinan una estructura de poder sumamente desequilibrada en contra del más débil. En los conflictos obrero-patronales, por ejemplo, la actitud del liberal tiende generalmente a estar del lado del capitalista, salvo que exista una violación clarísima del patrono de una ley laboral positiva (la cual procuran siempre que favorezca la concentración del poder). Esta preferencia automática del liberal por el capitalista se debe, no solamente a razones de identificación emocional, sino también a requisitos de su modelo. ¡No sea que de otra manera los capitalistas amenacen con reducir la inversión privada!

## 5. Crítica del modelo liberal como opción de valor

Nuestra argumentación hasta ahora se ha centrado en dos tesis: 1a.) el modelo liberal no es apto para producir en El Salvador un incremento rápido y sustancial del producto per cápita; y 2a.) en el supuesto que lo produjera, por un milagro inexplicable e imprevisible, tendería a favorecer a una parte porcentual pequeña de la población, dejando prácticamente igual a la inmensa mayoría.

Aunque no hubiésemos sostenido esas dos tesis, objetaríamos el modelo liberal porque implica opciones de valor que rechazamos: su concepto de la libertad, la instrumentalización de los seres humanos y la exaltación del egoísmo económico individualista.

Debemos distinguir entre el concepto de libertad del liberalismo filosófico, que también rechazamos por su endiosamiento de la persona humana y el desconocimiento de su insuficiencia, y el concepto de "laissez faire, laissez passer" a que directamente se refiere el liberalismo económico, hijo intelectual del primero.

La libertad que tanto pregonan los liberales de este país no es más que la libertad de los capitalistas para hacer lo que quieran con los recursos de producción. A ella subordinan las demás libertades del hombre cuando insisten en que las libertades humanas propias de la democracia política no pueden existir donde no se reconozcan derechos privados absolutos sobre los medios de producción. Tal subordinación la demuestran frecuentemente en el poder regímenes auto-considerados como liberales, y que lo son en el sentido económico, que adoptan modalidades totalitarias de control sobre la persona humana.

La libertad —no nos referimos a esa última libertad interior del hombre, de ser dueño de sus propias determinaciones, en cualquier contexto en que se encuentre— es algo que exige la posibilidad real de distintas opciones, entre las cuales podamos elegir y seguir nuestro propio camino de realización personal. Allí donde los hombres se ven limitados, por coacción directa o institucionalizada, a una sola opción, en todos los asuntos que afectan vitalmente su existencia, no puede hablarse de un régimen de libertad: cuando el campesino se ve forzado por la estratificación social, a una vida de miseria y opresiones; encadenado a lo que esencialmente son únicas opciones en su vida inmediata, de alimentación, vivienda, educación, atención a la salud, etc., cuando el hombre es abandonado a una lucha salvaje por su propia supervivencia, ¿cómo puede hablarse verdaderamente de libertad económica y política?

De todo ello no se deriva una aceptación de la sociedad totalitaria, que endiosa a la colectividad humana, niega la autonomía del individuo y la necesidad de realización personal. En el fondo ambas concepciones de la vida y de la sociedad (el liberalismo y las doctrinas totalitarias) son versiones distintas de un materialismo que pretende llenar las ansias de absoluto del hombre, poniendo en lugar del "Absoluto", valores relativos. Lo que varía en una y otra versión es lo que presentan como absoluto.

Si en la práctica, unas y otras maneras de organizar la sociedad resultan insatisfactorias, ello debería ser un acicate para encontrar modelos propios que conduzcan a una auténtica liberación del hombre salvadoreño y centroamericano. En ello, y no en el uso de "slogans", radicará la verdadera expresión de nuestra nacionalidad. Convencidos de la imperfección de todo lo humano, creemos que nunca habremos de llegar al "siste-

ma perfecto". El problema mayor es idolatrar cualquier esquema, pensar implícitamente que se ha detenido la historia, dejar de esperar y buscar un futuro mejor. Es esta una dolorosa y a la vez consoladora dualidad del hombre: siendo imperfecto, está continuamente obligado a superarse.

Otro elemento del sistema económico liberal, que nos parece grave, es su pronunciada tendencia a instrumentalizar al trabajador, a considerarlo como un simple medio de producción. Aunque en política se niegue enfáticamente, los textos teóricos liberales se refieren casi siempre del trabajador en los mismos términos en que lo hacen respecto de las máquinas. ¿Quién puede dudar que en la práctica también se instrumentaliza al trabajador?

Esta tendencia del sistema se refleja incluso en la manera de hablar ¡Cuántas veces hemos escuchado y empleado el término de "recursos humanos", sin caer en la cuenta que los recursos se usan, se utilizan, se explotan, por alguien! El término "recursos humanos" implica por lo tanto uso, utilización, explotación, mediatización, instrumentalización, captura, del trabajador.

Cuando mejor, el sistema económico liberal propicia un aguado paternalismo, que discutiremos posteriormente por ser más propio del neo-liberal.

Finalmente, el liberalismo exalta el egoísmo económico individualista, cerrando así el cuadro coherente de protección de los más privilegiados. Se defienden los liberales diciendo que el hombre es por naturaleza egoísta. A lo que responderíamos diciendo que también tiene instintos animales de agresividad y otras muchas miserias, pero que ello no significa que debamos fomentarlas. "Las puertas de la felicidad sólo se abren para afuera", afirma Nietzsche agudamente, y lo confirma Viktor Frankl, el mundialmente conocido fundador de la 3a. Escuela Vienesa de Siquiatría.

Aunque sólo fuera por eso, no aceptaríamos el liberalismo económico quienes consideramos que la avaricia es la más deleznable de las motivaciones; y la falta de solidaridad con los hombres —particularmente con los que sufren, con los débiles, humildes y oprimidos— la omisión más grave.

### III. LAS CORRIENTES NEO-LIBERALES

Los partidos oficiales se han enmarcado en las dos décadas pasadas, y particularmente en la última, dentro de una corriente ideológica neo-liberal. Ideología que, siendo fundamentalmente liberal, propicia limitaciones a la actividad económica privada e intervenciones del estado en la economía que disgustan a los clásicos liberales. Dentro de esta línea están el recordatorio ocasional que los Gobiernos hacen a los capitalistas de la "función social" de la propiedad, la ley del Impuesto sobre la Renta, el Instituto Salvadoreño del Seguro Social, las leyes laborales de protección al trabajador, la nacionalización del Banco Central de Reserva y de la Compañía Salvadoreña de Café, la creación del Consejo Nacional de Planificación y Coordinación Económica, el establecimiento de salarios mínimos, la Ley de Bancos, la Ley de Avenamiento y Riego y los recientes presupuestos deficitarios, financiados mediante la adquisición de Bonos por el Banco Central.

Antes de discutir formalmente el modelo neo-liberal, recordemos lo que el Partido de Conciliación Nacional (PCN) promete para el próximo Gobierno, en caso de ganar las elecciones.

Dice el candidato presidencial del PCN (nos referimos al discurso del Cnel. Arturo Armando Molina, al aceptar la candidatura presidencial; discurso que aparece en "La Prensa Gráfica" del 20 de octubre de 1971:

*"...El objetivo básico de la política económica del próximo Gobierno consiste en el logro de un mayor grado de bienestar para la sociedad, lo que implica que no se limitará a la obtención de aumentos en la producción nacional, por substanciales que resulten, sino que, sobre las bases y reformas planteadas por el Gobierno actual, luchará porque dichos aumentos permitan, en forma real y efectiva, la obtención de mejores condiciones de vida para la población; es decir, que los frutos del crecimiento sean compartidos por todos los salvadoreños que han contribuido a producirlo".*

*"Esto significa que en los próximos años, durante nuestro Gobierno, los hombres de Conciliación Nacional tendremos la tarea ineludible de realizar o acelerar todos los cambios que sean necesarios para hacer del hombre el objetivo primordial del desarrollo, eliminando el grave peligro de que, en vez de contribuir a la felicidad de cada salvadoreño, pueda ampliarse la brecha entre la riqueza y la pobreza, con lo que se impediría la realización de las finalidades de nuestra política, y se correría el riesgo de deteriorar las bases institucionales del País".*

*"Toda la acción del Estado —continúa el discurso— debe concentrarse, en forma coordinada y permanente, a la consecución de esos objetivos, aun cuando sea necesario reorientar determinadas medidas de política, así como reestructurar las entidades gubernamentales que están encargadas de su ejecución".*

Nótese el énfasis reformista de la más básica declaración explícita de principios que haya hecho el PCN en la actual contienda política; la necesidad de cambios, el peligro de que se aumente la brecha entre la riqueza y la pobreza, la obligación de que se compartan los frutos del crecimiento entre todos los salvadoreños que hayan contribuido a producirlo, la negación de que tal cosa se logre con solo aumentar la producción nacional y la orientación de toda la acción del estado a esos objetivos.

La política monetaria, según el PCN, debe concebirse como "un instrumento en la promoción de desarrollo", si bien consideran "importante y muy saludable" mantener la estabilidad monetaria. Las inversiones públicas deben convertirse en un "instrumento dinámico de lucha contra el desempleo". No hablan de política tributaria, ni de déficits fiscales; omisión muy interesante como luego comentaremos, porque el financiamiento es requisito indispensable para realizar el programa que el PCN ofrece.

Viene luego una serie de promesas, entre las cuales se destaca notablemente el "compromiso" de impulsar "un proceso de Reforma Agraria dentro del marco de la Constitución Política". Es tan general el lenguaje que se emplea para definir ese proceso, que apenas podemos saber los ciudadanos de qué se trata realmente.

Es también interesante, por ser nueva, la afirmación que se hace dentro de los párrafos dedicados a la "Política Industrial" de que el Ins-

tituto Salvadoreño de Fomento Industrial (INSAFI) "debe participar directamente en la inversión, en aquellos proyectos industriales que la empresa privada no quiera o no pueda realizar". El contexto del lenguaje empleado, dentro del cual se hace la afirmación, indica sin embargo claramente que la responsabilidad de la inversión en la industria se deja todavía al sector privado de la economía.

La lucha contra el desempleo mediante "programas masivos de inversión pública, estacionalmente oportunos, particularmente en la rama de la construcción", es un elemento neo-liberal reiterado en el discurso.

Hay también un párrafo referido a la "política laboral" que aparentemente ofrece dar apoyo a la sindicalización campesina. Aunque no lo expresa de esa manera, afirma que "todos los salvadoreños, sea cual sea su condición económica, profesional o cultural, tienen derecho a asociarse dentro del marco de la ley, para defender sus intereses. Este principio no tiene excepciones como sería el de las asociaciones agropecuarias...". Lo que viene inmediatamente después, limita un tanto el significado de la afirmación, pero no niega su respaldo a la sindicalización campesina.

Casi todo lo demás parece una nueva redacción de las promesas típicas de partidos oficiales, en época eleccionaria.

La Unión Nacional Opositora (UNO), coalición integrada por tres partidos políticos, ataca las presentes estructuras económico-sociales de El Salvador, pero no ha definido claramente el sistema que propugna. El ataque de las actuales estructuras, por favorecer excesivamente a los capitalistas, es común a una gran variedad de matices ideológicos, que, van desde el neo-liberalismo hasta el anarquismo. Pensamos sin embargo que los elementos de juicio disponibles indican más bien que UNO propicia un neoliberalismo un tanto más avanzado que el del PCN. No hay suficientes elementos en las declaraciones de UNO hasta la fecha que haga pensar que se trata de algo diferente; nada tampoco en la tradición de una década del Partido Demócrata Cristiano de El Salvador, columna vertebral de la coalición, y agrupación de donde proviene el candidato presidencial, Ing. José Napoleón Duarte.

El discurso del Ing. Duarte, pronunciado durante los actos en que fue electo y proclamado candidato (discurso publicado en "La Prensa Gráfica" del 27 de octubre de 1971), contiene una larga y clarísima protesta en contra de las injusticias económico-sociales, una declaración de solidaridad con el pueblo oprimido y otra de adhesión a la democracia política, un llamado a la participación popular y un ataque político al Gobierno actual y a los demás partidos que participan en la contienda electoral. Pero no contiene una definición del sistema económico-social que favorece la UNO, ni de las medidas concretas que adoptaría en ese campo.

Veamos algunos párrafos típicos:

*"Aspiramos al poder ¿para qué? —Bien podría yo, compañeros de UNO y convencionistas Demócratas Cristianos, extenderme en estadísticas para pintar con caracteres aparentemente técnicos el cuadro deprimido de nuestra realidad, pero me abstendré de hacerlo porque más elocuente que las cifras es la dramática situación en que vive la mayoría de los salvadoreños; el obrero sin trabajo, el agricultor sin crédito y cargado de impuestos, el campesino sin tierra, el oficinista sin empleo, el*

*niño sin escuela, el maestro sin sueldo, el ama de casa que no puede hacer frente al aumento del costo de la vida, el padre de familia sin techo, la madre sin salud, el comerciante sin compradores, el joven sin futuro".*

*"Aunque no han hecho nada para resolver los grandes problemas del país, los mismos ministros de Estado se ven obligados año con año a reconocer esta situación en las memorias que presentan a la Asamblea Legislativa".*

*"Vivimos en una hora en que como se ha dicho con tanta insistencia, América Latina está a las puertas de una segunda revolución, en que los pueblos luchan por salir de la miseria, la ignorancia, la desnutrición y la dependencia económica, política y cultural. En este momento se nos plantea a los salvadoreños ese mismo reto por lo que pedimos al pueblo que se una, que se organice cada vez mejor, que adquiera plena conciencia de su papel en la lucha política y se disponga a dar con nosotros la batalla contra las fuerzas que lo oprimen y explotan, contra la imposición y el fraude electoral, contra la violencia represiva que se cierne sobre nuestra patria".*

*"Si hoy se me pidiera que lo expresara en pocas palabras (se refiere al Programa de Gobierno de UNO) yo diría: En lo político: la vigencia y vivencia de una democracia real; en lo social: la organización del pueblo para la solución de sus propios problemas; en lo económico: no vamos a destruir riqueza para repartir miseria, vamos a crear riqueza para hacer justicia".*

Las posteriores intervenciones televisadas del candidato presidencial de UNO continúan en la misma línea: enfatizando, esta vez con estadísticas, la deplorable situación de la inmensa mayoría del pueblo salvadoreño; atacando al Gobierno actual del PCN; y presentando, en una ocasión, proyecciones económico-sociales basadas en el supuesto de altas tasas de crecimiento real de producto; sin decir cómo lograrán ese crecimiento. Afirmó en esa ocasión el candidato presidencial no ser marxista, o comunista, lo cual, con ser algo, no ayuda mucho a definir lo que propicia.

No hemos tenido, al momento de escribir estas líneas, la oportunidad de leer el Programa de Gobierno que se prometió en el discurso de aceptación. Posiblemente, en ese Programa de Gobierno se aclare esta grave omisión. No nos extrañaría nada, sin embargo, que fuera un programa neo-liberal, similar o incluso menos avanzado, al que posiblemente presentaría el PCN en las elecciones presidenciales de 1977, de ganar las de 1972 y continuar las mismas tendencias actuales.

Estas afirmaciones sobre la coalición, no se aplican necesariamente a todas las personas de los partidos que la integran; algunas estarán más cerca del liberalismo clásico, otras habrán roto tal vez con el entero esquema liberal. No podemos, sin embargo, entrar a discutir ideologías de personas individuales, sino solamente lo que aparece como conjunto.

Hagamos ahora explícito, de una manera un tanto más formal, el modelo neo-liberal de desarrollo económico-social.

## **1. El modelo neo-liberal**

**El modelo neo-liberal es el mismo liberal, sólo que modificado para evitar algunas de las graves deficiencias del segundo. La cantidad e im-**

portancia relativa de las modificaciones varía mucho, según las personas que lo adoptan y las circunstancias pragmáticas de la economía donde se aplica.

La mayor parte de neo-liberales estarían, sin embargo, de acuerdo con las siguientes diferencias generales entre su modelo y el liberal:

- a. Piensan que la “mano invisible” de Adam Smith, que convertiría el egoísmo individual de cada quien en el mayor bien posible para todos, no existe en la práctica, o es bastante torpe en lograr su cometido. De ello se sigue la necesidad de que el Gobierno intervenga en el funcionamiento de la economía para asegurar el bien común.
- b. Consideran muy necesarias las intervenciones del Estado cuando se trata de obtener objetivos macroeconómicos, como serían reducir la amplitud de los ciclos económicos, asegurar el crecimiento del producto, el pleno empleo, o la estabilidad monetaria. Para lograr tales objetivos propician el manejo deliberado de instrumentos fiscales y monetarios del Estado. (Desde luego, también están de acuerdo con las funciones gubernamentales del “estado policía”, que los liberales aceptan).
- c. Diferencian entre desarrollo económico y social; no aceptan que el primero conduzca necesariamente al segundo y propugnan por lo tanto por una gran variedad de intervenciones del estado, para asegurar la “justicia social”, o “distribución equitativa” de los frutos del crecimiento.

Pronto veremos las implicaciones concretas de los anteriores principios; pero antes recordemos un poco los orígenes del modelo neo-liberal.

Siempre existieron abusos y opresiones en cualquier país en donde se implantó el esquema liberal, y siempre existieron personas que protestaron contra esos abusos. Típicas de las condiciones de vida de los obreros en la Europa de la revolución industrial, fueron las descripciones que se hacen en las escrituras de Dickens y de Marx. Muchos adoptaron las teorías marxistas y otros se contentaron con propiciar la lucha sindical por obtener mejores condiciones para los trabajadores y disposiciones legales que los protegiesen de los aspectos más inhumanos del trabajo en esa época. Algunos economistas como Sismondi y Saint-Simon criticaron sistemáticamente el individualismo capitalista y apoyaron explícitamente la intervención del estado para frenar los abusos. Muchos otros procuraron humanizar diferentes aspectos del modelo liberal. Surgió entonces una legislación laboral de protección al trabajador incorporada al esquema liberal, así como una serie de disposiciones encaminadas a evitar los monopolios y otras imperfecciones del mercado. Aunque existió así un neo-liberalismo incipiente en todo el siglo XIX, no se desarrolló un cuerpo teórico coherente que modificase sustancialmente el modelo liberal.

En el primer cuarto del Siglo XX los economistas habían adquirido ya conciencia de los ciclos económicos y se disputaban teorías para explicarlos. El hecho era que las economías capitalistas liberales adolecían del defecto de la inestabilidad; crónicamente sufrían grandes fluctuaciones en la actividad económica que se manifestaban en la producción, el empleo y los precios, alternando períodos de depresión y desempleo con períodos de rápidos aumentos de precios, producción y ocupación de la fuerza laboral. El modelo liberal fallaba en la práctica, en cuanto a su pronóstico de

la gloriosa serie de sucesivos equilibrios "in crescendo", ocurriendo épocas depresivas de temible desesperación. Insuficiente el modelo liberal para interpretar el fenómeno de los ciclos, los economistas liberales recurrieron a cuantas ideas imaginables les cruzaron por la mente para darle una satisfactoria explicación: mencionaron, entre otras causas, el crecimiento de la población, los ciclos de la construcción e incluso los movimientos astrológicos.

Durante la gran depresión de los años 30, tanto Hitler en Alemania como Roosevelt en los Estados Unidos, en contra de ortodoxos de la época y por razones políticas que poco tenían que ver probablemente con las teorías económicas, intuyeron que en tales circunstancias de depresión, sólo una directa y vigorosa acción del estado podría contrarrestar la situación y reducir el monumental desperdicio que significaba mantener las fábricas cerradas, o trabajando a un mínimo de capacidad, cuando a la vez existían millones de desocupados en busca de trabajo. Precisamente cuando los ingresos fiscales se veían mermados por la baja actividad, emprendieron masivos programas de inversión estatal.

Reflexionando sobre el fenómeno de los ciclos en economías capitalistas desarrolladas, y posiblemente motivado por la gran depresión, el economista inglés John Maynard Keynes expuso una teoría que revolucionó sustancialmente el pensamiento económico y sirvió de base para la síntesis teórica neo-liberal o neo-clásica. Tales ideas fueron explicadas en su famoso libro "La Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero", publicado en 1936. Reducida a su aporte más esencial, la teoría mostró cómo una economía capitalista podía sufrir depresiones crónicas, a causa de insuficiencias crónicas en la demanda. El fenómeno se derivaba del carácter monetario de la economía, y consistía en que el monto de ahorros pretendido por el conglomerado podía superar a las inversiones que se pretendían hacer a determinado nivel del producto. Si tal fuera el caso, en una economía cerrada no se lograría el nivel pretendido de ahorros, inversiones y producción, sino que la actividad económica se ajustaría hasta un nivel inferior, en que las inversiones y los ahorros pretendidos se igualaran.

Si en determinado caso, cuando la economía estuviese trabajando a plena capacidad, hubiese una declinación de la inversión privada, y el nivel de ahorros fuese superior al nuevo nivel de inversiones, habría una brecha entre el nivel posible de producción y la demanda total.

Esta última estaría constituida por la demanda para la inversión, mas la demanda de consumo, y sería inferior al nivel máximo de producción en el período considerado. Tal cosa sucedería en virtud de que aquella parte de la máxima producción no demandada por los consumidores (el ahorro) no era tampoco demandada en su totalidad por los inversores. Se acumulaban entonces los inventarios, los productos no se podían vender, y como consecuencia de esta sobre-producción, algunos trabajadores eran despedidos de sus empleos, se reducía la producción, las unidades productivas quedaban sub-utilizadas y ocurría la depresión.

De la misma manera podía suceder una inflación si, partiendo del pleno empleo, los consumidores e inversores en conjunto pretendían demandar más bienes y servicios que los que la economía podía ofrecer. Tal sería el caso si el monto pretendido de ahorros fuese inferior al nivel de inversiones.

El punto de equilibrio de la economía global, en cualquier período, estaba entonces determinado por aquel nivel de actividad económica en que la sociedad desearía ahorrar e invertir la misma cantidad. Si bien el ahorro y la inversión son iguales en una economía cerrada, en un sentido "ex post", Keynes mostró la importancia primordial de las intenciones de consumir, ahorrar e invertir. Cualquier factor que redujese las intenciones de invertir, sin aumentar en la misma magnitud las intenciones de consumir, causaría una insuficiencia en la demanda total y lanzaría la economía a un nuevo punto deprimido de equilibrio, inferior al punto de mayor capacidad. Lo mismo produciría cualquier factor que aumentase las intenciones de ahorrar, sin un correspondiente aumento en las intenciones de invertir.

La teoría contradecía a la ley liberal de Juan Bautista Say, la cual afirmaba que "la producción crea su propio consumo", y que en el fondo no era más que la elaboración de la idea de que los bienes se compran con otros bienes. Según la Ley de Say, y la creencia liberal, la economía capitalista no podía trabajar sino al nivel de máxima capacidad.

Lejos de poseer mecanismos automáticos de regulación, el modelo liberal no regulado, argumentó Keynes, amplificaría las crisis. Por ejemplo: si se diera un caso de depresión, mermarían los ingresos fiscales, el estado ajustaría hacia abajo su nivel de gasto y eso mismo reduciría aún más la demanda, haciendo mayor la depresión. Tal cosa ocurrió en prácticamente todas las depresiones de economías capitalistas en la primera mitad del presente siglo. Lo verdaderamente fortuito en la teoría de Keynes, sería la coincidencia entre el punto de equilibrio y el punto de máxima capacidad.

La prescripción que surgía del diagnóstico Keynesiano, era la continua intervención del estado para hacer coincidir ambos puntos utilizando deliberadamente los instrumentos fiscales y monetarios a su disposición. Por ejemplo: si se reducía la inversión privada y ello causaba una depresión, dejando sub-utilizada una parte importante de la capacidad productiva, el estado debía utilizar uno o varios de los siguientes instrumentos: aumentar la inversión pública sin aumentar los impuestos (crear deliberadamente un déficit presupuestario, financiado, por ejemplo, con creación monetaria) ya que si al mismo tiempo se aumentaban la inversión pública y los impuestos, se inyectaría a la economía —por medio de la primera— una corriente de ingresos, que a la vez se quitaría por medio de los segundos; el estado podría también, reducir los impuestos sin disminuir el gasto público o facilitar, cuando ello fuera pertinente, más crédito y en mejores condiciones para incrementar el gasto privado.

Si por alguna causa ocurriera una inflación, debía el estado aumentar los impuestos, dificultar el crédito, o reducir su propio gasto.

Las acciones del estado tendrían efectos multiplicadores, ya que las inversiones públicas, por ejemplo, generarían ingresos adicionales que se transmitirían de unos a otros, incrementando también la demanda de consumo. Keynes creía más en los instrumentos fiscales que en los monetarios, y pensaba que las situaciones de depresión eran más graves y frecuentes que las de euforia económica, por lo que sus recomendaciones fueron interpretadas por los liberales como un decidido apoyo al déficit presupuestario causado por un aumento del gasto público.

Naturalmente, en esta simple exposición hemos ignorado multitud de variables. La teoría de Keynes fue expuesta por él mismo de manera

mucho más elaborada y compleja; y ha sido ampliada, calificada y refinada por innumerables economistas neo-liberales post-Keynesianos. No importan tanto para los fines de este artículo los detalles de la teoría como sus consecuencias. Porque Keynes causó en efecto un golpe mortal a la complacencia liberal, que suponía la existencia de mecanismos automáticos de control incorporados a su modelo, que harían trabajar siempre la economía capitalista a máxima capacidad; y elaboró las bases teóricas coherentes para una vigorosa y casi permanente intervención reguladora del Estado en la economía. No es de extrañar que los clásicos liberales se sintieran disgustados; puso en duda un aspecto vital de su esquema, destruyó algunos de sus míticos conceptos-leyes, e hizo añicos sus simplistas concepciones sobre la función del Estado.

No debe olvidarse, sin embargo, que la pregunta fundamental de Keynes no era cómo desarrollar una economía sub-desarrollada, sino cómo asegurar el pleno empleo con relativa estabilidad monetaria, en una economía capitalista desarrollada. La confusión de estas dos preguntas ha llevado en más de una ocasión, a olvidar las premisas e intentar la aplicación de algunas medidas Keynesianas, en donde no eran aplicables. Dos asuntos deben enfatizarse al respecto.

En primer lugar, Keynes suponía que el aumento en la demanda total aumentaría la producción, porque no veía mayores dificultades estructurales en la oferta. Esta suposición es más propia de economías desarrolladas en épocas de depresión, que de economías subdesarrolladas; aunque puede ser también aplicable a estas últimas en particulares circunstancias de desempleo o sub-empleo, y subutilización de recursos productivos.

En segundo lugar, el modelo Keynesiano fue inicialmente estático. Se refería al pleno empleo y a la estabilidad monetaria en un período de tiempo determinado, en el que estaba relativamente fija la capacidad productiva de la economía. El problema era cómo utilizar plenamente esa capacidad en ese período, y no cómo aumentarla en periodos sucesivos. Posteriormente el modelo Keynesiano fue ampliado por Harrod y Domar para convertirlo en dinámico; pero aun esos modelos dinámicos y sus posteriores refinamientos, ampliamente empleados en países subdesarrollados para propósitos de programación global de la economía (incluso en nuestro país), no son del todo aplicables y pertinentes a economías subdesarrolladas. (Véase por ejemplo la crítica de Alberto Hirshman en su libro "La Estrategia del Desarrollo Económico" Cap. 2º).

Lo que surgió de las teorías Keynesianas fue una vasta discusión de profesionales economistas sobre problemas macro-económicos, que dio por resultado una síntesis neo-liberal, bastante matematizada, que aún ahora continúan refinándola en sus más pequeños detalles.

Aunque el pensamiento implícito en la síntesis neo-liberal ha sido llevado por muchos economistas al campo del "desarrollo económico y social", son pocos los economistas neo-liberales que se dicen satisfechos de los resultados. La razón está en que las herramientas de análisis neo-liberal enfatizan las relaciones funcionales de causa y efecto entre variables económicas cuantificables, dejando prácticamente a un lado aquellos factores sociológicos no cuantificables del ambiente social que tanto inciden en todas esas variables económicas y, por lo tanto, en toda la cuestión del desarrollo. De tal manera los economistas neo-liberales se han dedicado frecuentemente a "la tarea esencialmente trivial, de pulir los eslabones más fuertes de una cadena que contiene muchos eslabones débiles". (Véase, por

ejemplo, el artículo de Luis de Sebastián "Hacia una Teoría Económica de la Liberación", en el número de enero-febrero de 1971, de esta misma revista ECA).

A pesar de tales deficiencias, casi todos los economistas neoliberales están de acuerdo en las siguientes normas generales sobre el desarrollo económico-social:

- a. Vía capitalista del desarrollo, es decir, responsabilidad primordial del sector privado de la economía de capitalizar la economía, o acumular el capital, según los dictados del propio egoísmo de los capitalistas privados.
- b. Responsabilidad del Estado de ayudar y regular ese proceso, mediante la deliberada utilización de instrumentos fiscales y monetarios de control de las variables macro-económicas; mediante la complementación del esquema de mercado por la planificación; mediante la inversión pública en infraestructura económica social; y mediante las funciones propias del "Estado policía".
- c. Responsabilidad del estado de asegurar la adecuada distribución del ingreso, evitar graves abusos; y humanizar un poco la vida de los trabajadores.

Para lograr estos últimos objetivos del literal "c", a los cuales llaman "justicia social", proponen generalmente medidas de tres tipos. El primer tipo se puede englobar dentro de la legislación laboral benefactorista: salarios mínimos, seguro social, libertad de asociación sindical, límites en las horas de trabajo, protección especial a los ancianos, a la mujer y al niño, etc. El segundo tipo de medidas se refiere a la utilización deliberada del presupuesto nacional con fines redistributivos del ingreso. Esta función del presupuesto, la de la "rama de distribución", es diferente a las funciones de la "rama de servicios" y la "rama de estabilización" (esta última la "Keynesiana") aunque pueden combinarse armónicamente las tres funciones en un solo presupuesto (teoría del más famoso hacendista neo-liberal, Richard Musgrave). El tercer tipo de medidas son las propias del "capitalismo popular": reforma agraria neo-liberal para repartir la tierra entre campesinos, repartir acciones entre los trabajadores de una fábrica; democratizar la inversión por medio del mercado de valores, etc.

De tal manera, los neo-liberales piensan obtener, a la vez, desarrollo económico y justicia social.

## **2. Crítica del modelo neo-liberal desde el punto de vista del desarrollo económico.**

Es a la vez paradójico y comprensible el ataque frecuente que personas con ideologías opuestas hacen al Gobierno y al partido oficial (P.C. N.), por subordinarse a los dictados del gobierno norteamericano.

Desde la creación de la "Alianza para el Progreso" el Gobierno de EE.UU. ha propiciado para América Latina una política eminentemente neo-liberal, y ha condicionado su ayuda al seguimiento de esa política general, llegando incluso a veces a especificar ominosamente las medidas concretas que debían adoptarse. En algunos sectores político-industrial-militares de EE.UU. hay intención deliberada de lograr dominio por su parte, y sujeción por la nuestra. En otros sectores la actitud es paternalista, de buena voluntad. Transponen sus valores, sus esquemas, sus po-

líticas, y las juzgan infalibles en cualquier contexto. Hay también sectores muy minoritarios, constituidos generalmente por intelectuales, que se oponen radicalmente a las políticas imperialistas o paternalistas. La gran masa es bastante indiferente.

Cuando los liberales salvadoreños atacan al Gobierno, y al P.C.N., por la dependencia de la política norteamericana, por "aceptar paquetes preparados e impuestos desde afuera", no manifiestan tanta preocupación por la dependencia en sí, como por el elemento "neo" de la dependencia neo-liberal. Son ellos mismos quienes criticaron a Kennedy por negarse a ser personalmente responsable de un masivo festival de sangre en Cuba; quienes se alegraron de Santo Domingo y aplaudieron a Johnson; quienes juzgan natural la situación de la Zona del Canal de Panamá y desean una dependencia extrema de la "inversión extranjera".

De la misma manera los comunistas salvadoreños, con un típico doble patrón, atacan la dependencia de EE.UU. pero aceptan la de Rusia o la de China; no protestan contra la ominosa sujeción a la Unión Soviética en que se encuentran algunos países de Europa Oriental, ni el baño de sangre en Hungría, ni el aplastamiento del intento de Dubcek en Checoslovaquia de darle "un rostro humano" a su sistema.

Lo que unos y otros manifiestan en ambos casos es un esquema de valores en que se idolatriza un sistema y se pone por encima de la verdadera liberación de los pueblos sujetos.

Nosotros creemos que, en efecto, existe una grave dependencia salvadoreña de la política neo-liberal norteamericana, cuya manifestación más peligrosa no consiste tanto en las cláusulas ominosas de los préstamos, y menos en instrucciones directas del embajador norteamericano o en una servil relación de amos a lacayos. ¡Nos negamos a creer que haya funcionarios tan indignos!

El mayor problema de la dependencia es el coloniaje mental, el sutil apoderamiento de las mentes, de tal manera que no se puedan ver otras soluciones más que las que quiere y le convienen al dominador. Grave problema cuando llegamos a convencernos sinceramente que son nuestras las medidas que otros nos han impuesto con sutileza; cuando actuamos como a otros les conviene, sin necesidad de que nos digan cómo debemos actuar, porque la imposición se ha metido en la propia estructura de nuestro pensamiento. Todo ello nos impide ser auténticamente nosotros mismos.

El instrumento principal, a través del cual se ejerce sobre nosotros el dominio mental, es la política neo-liberal: una curiosa y mal asimilada amalgama de principios capitalistas y aspiraciones de justicia. Ello ha sido posible gracias a la generalizada pobreza cultural en que se ha mantenido al pueblo salvadoreño; al ignorante deslumbramiento total de la inmensa riqueza material de los EE.UU.; a nuestra absurda aceptación del "American way of life", como prototipo de valor. No estamos discutiendo si ese "camino de vida" es bueno o malo para los norteamericanos. Que lo decidan ellos. Pero no dejemos nosotros que se nos imponga; porque no es el nuestro, ni nos ha de llevar a una auténtica plenitud vital.

¿Qué tiene que ver esa discusión de la dependencia con nuestro desarrollo económico? Creemos que mucho, pues hemos sostenido que desde hace un par de décadas, y particularmente en la última, los gobiernos salvadoreños se han enmarcado dentro de una política neo-liberal, muy "alianza para el progreso", muy ajustada al "acta de Punta del Este", sin

que se hayan obtenido los espectaculares avances del desarrollo, que inicialmente se esperaban. La política anunciada por el P.C.N. en la presente contienda electoral sigue en la misma tradición neo-liberal de los gobiernos anteriores, dando sin embargo un paso más avanzado del neo-liberalismo: la intención de realizar una reforma agraria, que ha ocasionado probablemente el nuevo surgimiento político del liberalismo, separado esta vez del partido oficial.

Sospechamos también que UNO propondrá una política esencialmente neo-liberal, aun cuando no podamos asegurarlo, por su misma omisión en cuanto a definir cuáles serían concretamente las políticas que adoptaría.

¿Por qué razón el neo-liberalismo no ha producido el desarrollo económico suficiente para, por lo menos, detener el aumento de esa gran parte de la población salvadoreña que vive en condiciones indigentes? Porque, dadas las circunstancias salvadoreñas que explicamos antes, en la crítica del modelo liberal respecto del ambiente social, del tipo de capitalistas, etc., el modelo neo-liberal contiene una contradicción interna: las medidas que tienden al desarrollo económico aumentan generalmente el desequilibrio social; y las medidas que tienden a la justicia social estancan o reducen la inversión privada. En tales circunstancias, confiar en el sector privado de la economía para que capitalice y desarrolle el país es condenarse a un crecimiento sumamente lento, sin que haya tampoco justicia social.

Como manifestación de esta contradicción interna, los neo-liberales andan como entre dos aguas, confiando en los capitalistas para el desarrollo económico y atacándolos a la vez por la injusticia social. Se necesitaría otro tipo de capitalistas, de los cuales haya tal vez algunos pocos entre los salvadoreños, para hacer practicable esa amalgama de principios liberales y aspiraciones de justicia. En El Salvador, no resultará. Si realmente hacen una verdadera reforma agraria, y permiten la sindicalización campesina, como han prometido el P.C.N. y la U.N.O., la inversión privada caerá a niveles aún más bajos que los muy pequeños de la década pasada. Si llaman reforma agraria a cualquier cosa que se haga en el agro, y temen adoptar medidas que reduzcan la inversión privada, se habrán alineado con el modelo liberal, y les serán entonces aplicables todas las críticas que anteriormente hicimos a ese modelo.

Lo que acabamos de exponer respecto de la reforma agraria es también aplicable a otras políticas. Por ejemplo: el P.C.N. ha prometido, no solamente reforma agraria, sino un gran programa de inversiones en vivienda, en facilidades de salud y en otros sectores. Pensamos que no querrán detener el progreso del sistema educacional, ni otras inversiones en infraestructura. ¿Han calculado los costos de esos programas? ¿Cómo los financiarán? Decíamos anteriormente que el P.C.N. ha omitido responder a esta pregunta crucial. Pensar que esos programas serán financiados con el producto de mejoras administrativas —por necesarias que esas mejoras sean— es estar verdaderamente fuera de la realidad. Un programa de impacto en todos los aspectos que el P.C.N. ha mencionado no puede realizarse sin una vigorosa reforma fiscal. (Véase el artículo "Implicaciones Fiscales del Conflicto Magisterial" del libro "Análisis de una Experiencia Nacional", editado por "Universidad Centroamericana José Simeón Cañas"). Si realizan una reforma fiscal, ello contribuirá a reducir la inversión privada; si no la realizan, tampoco es realizable su programa.

De similar manera: la U.N.O. promete que su política habrá de lograr para el país tasas de crecimiento real del producto, sustancialmente mayores que las obtenidas en las décadas pasadas. Por otra parte, es evidente que su sola presencia en el poder tendería a reducir aún más las ya bajas tasas de inversión privada. Cómo piensan resolver esta aparente contradicción es algo que sólo ellos saben, ya que no se han declarado partidarios de la inversión estatal masiva en sectores productivos, ni han mostrado evidencia alguna de estar preparados para realizarla.

Tanto el P.C.N. como la U.N.O. han dado muchos pasos en el camino neo-liberal. Tienen que dar algún día un paso más: aceptar que "la vía capitalista del desarrollo" no conducirá en El Salvador al desarrollo económico, sino a la frustración social; definir bien el camino que seguirán, para evitar modalidades totalitarias de la actividad estatal, y disponer al Estado para que asuma eficazmente su responsabilidad de impulsar ese nuevo proceso.

### **3. Crítica del modelo neo-liberal desde el punto de vista del desarrollo integral**

Propiamente no tendríamos que argumentar acerca de la ineficacia de los modelos neo-liberales para producir en El Salvador el desarrollo integral. Dificilmente puede lograrse el desarrollo de todos los habitantes de El Salvador, en un contexto de muy bajo ingreso per cápita. El crecimiento rápido de la producción no es suficiente para generar desarrollo integral, pero sí es un elemento importante de ese desarrollo.

Deseamos, sin embargo, añadir a la crítica anterior algunos comentarios adicionales.

Típico de los modelos neo-liberales es el paternalismo. Entendemos por esto un afán de buena voluntad por proporcionar a los humildes bienes materiales necesarios para una vida decorosa, pero imponiendo a su actividad límites estrictos, de tal manera que se controle siempre su destino. Más que en un plan deliberado, esta actitud se manifiesta en un difundido temor de perder posiciones preponderantes cuando el niño crezca y se convierta en dueño consciente de su vida. A los neo-liberales les agradan las posiciones de protector, de padre benevolente pero estricto, que desea mantener permanentemente bajo su férula al niño irresponsable, y que por ello mismo trata consciente o inconscientemente, de impedir al niño el pleno desarrollo de su propia personalidad.

Aun cuando se esté consciente de que el pueblo-niño esté todavía en una etapa muy incipiente de su desarrollo, demasiado ignorante, demasiado inmaduro, y que por lo tanto necesite una ayuda especial; aunque se reconozca el rol permanente del liderazgo, nunca debe ser la intención constituir esquemas elitistas, en que un grupo privilegiado desarrolla y dispensa favores, mientras el grueso de la población se subordina, se aliena, y vive de la buena voluntad del grupo elitista. Como en el esquema Keynesiano, las intenciones son en esto de primordial importancia. Porque una intención paternalista, aun cuando tuviese éxito en eliminar las más notorias lacras de la insuficiencia material, podría conducir a una sociedad de ricos alienados, insatisfechos, fabricados en molde; que a fuerza de no participar, de no solidarizarse, de no expresarse, han pasado por alto el desarrollo de un elemento crucial de la naturaleza humana.

Nada que permanentemente impida la participación popular nos satisfice; nada que soslaye el desarrollo de **todos** los hombres y de **todo** el hombre es desarrollo integral.

Hay en los mensajes de la U.N.O., un llamado a la participación popular. Parece haber en su posición cierta conciencia de los escritos de algunos intelectuales, principalmente latino-americanos, que abogan por una nueva sociedad liberadora de las viejas opresiones, inclusive las marxistas: Pablo Freire, Hernani María Friori, Helio Jaguaribe, Luis Scherz, Celso Furtado, Leopoldo Chiappo, Fernando Enrique Cardoso, César Jerez, Juan Hernández Pico y muchos otros mas. Si esta hipótesis fuera correcta, tendríamos que concluir que la U.N.O. ha cometido el lamentable error de pensar que la mera comprensión de tales corrientes progresistas, que el solo estar de acuerdo con tales concepciones liberadoras, basta para hacer un Gobierno efectivamente liberador. Esto sería de un simplismo muy grande, que conduciría más bien al desprestigio de tales ideas que a su práctica cristalización; más a producir un caos en la producción, que a "crear riqueza para hacer justicia".

Un Gobierno que en efecto pueda contribuir al desarrollo integral, o que trascendiéndolo apunte a una auténtica liberación del hombre, no puede organizarse improvisadamente, alrededor de frases de protesta o de una lista de promesas. Además de honestidad y valor, requiere de un proyecto de sociedad vislumbrado a través de un largo proceso de gestación, en que se hayan considerado y planificado concienzudamente una gran variedad de aspectos prácticos. Requiere de un equipo interdisciplinario, identificado en ideales, coherente, de hombres intensamente preparados, conocedores de las soluciones concretas y conscientes del peligro de convertirse en ominosa élite. Requiere de una monumental capacidad técnico-ejecutiva, que permita trasladar las grandes concepciones al campo de la acción.

Si la U.N.O., o el P.D.C., piensan estar preparados para tal Gobierno, tienen todavía que demostrarlo. El P.C.N. ha demostrado, a lo largo de diez años en el poder, que no lo está.

Tales consideraciones adquieren particular importancia si se toma en cuenta la notable ineficiencia de muchos organismos públicos salvadoreños. No es que estemos de acuerdo con la crítica de los liberales, que afirma la necesaria ineficiencia de los organismos gubernamentales. Su concepto de eficiencia es uno muy limitado, que relaciona el monto de los ingresos de una empresa con el monto de los costos directos, y pasa por alto los costos de oportunidad prorrateados de un sistema que trabaja muy por debajo del potencial del país. (Es del caso observar, que los centros educativos salvadoreños han incrementado notablemente, en los últimos años, la formación de ingenieros, administradores y técnicos de nivel medio. Muchos de ellos quedarán sin empleo o se ocuparán en actividades improductivas, si se pretende que el sector privado los absorba. El costo de oportunidad de tal sub-ocupación será por cierto enorme, si el Estado no se desempeña como inversor aglutinante). Con todo, debemos reconocer que los organismos públicos salvadoreños son, bajo muchos capítulos, bastante ineficientes. Y ello impone exigencias aún más estrictas sobre la planificación previa y sobre la capacidad técnico-ejecutiva de los grupos que pretendan gobernar el país. Es utópico creer que, al conjunto de nuevas personalidades o de una buena intención, la maquinaria gubernamental se adaptará sola a las exigencias de una audaz y masiva gestión pública de desarrollo liberador.

Una última cuestión relacionada con el desarrollo integral es el rol de las personas privilegiadas por la actual estructura. Hemos argumentado que no debe dependerse de ellas para el desarrollo; pero no hemos querido afirmar que las reformas deban hacerse para negarles a ellos los derechos que ahora se niegan a la inmensa mayoría. El desarrollo integral no es para cambiar de amos; no es para que unos hombres puedan vivir y otros no; sino para que todos los hombres lleguen a realizar su pleno potencial. A quienes tengan algo útil que aportar, y lo hagan con sinceridad, debe aceptárseles su colaboración. A quienes no tengan nada que aportar, debe tratárseles con sincera humanidad. Una posición distinta implicaría más odio que buena voluntad; más resentimiento que voluntad de servicio.

#### 4. Crítica del modelo neo-liberal como opción de valor

A los modelos neo-liberales, por ser fundamentalmente liberales, se les pueden aplicar todas las críticas de valor que hicimos al modelo liberal, aunque con menor intensidad, según se aparten de ese modelo. No insistiremos más en tales críticas.

Insistiremos, sin embargo, en el peligro de adoptar como prototipo de valor la condición "desarrollada" de algunas potencias neo-liberales. No sirve de mucho crear riqueza material, si no hay verdadero progreso de la condición humana.

Quizás a esto se refería el conocido crítico de "La Sociedad Afluente" y "El Nuevo Estado Industrial" John Kenneth Galbraith, cuando se quejaba ante un periodista inglés: "Aun ustedes tienden a relacionar la felicidad con el monto de los egresos. Es un vicio, algo que recogieron de los textos de economía. Dentro de un sistema racional de vida, algunas personas se sentirían satisfechas si pudieran trabajar moderadamente y después sentarse a la puerta de su casa; si les fuera dable hablar, pensar, dibujar, pintar, pergeñar unas letras o hacer el amor, todo ello con tranquilidad y medida. Ninguna de esas actividades exige una economía en expansión".

Aunque las afirmaciones de Galbraith resuenan un tanto a ecos epicúreos de "dorada mediocridad", reflejan adecuadamente el fenómeno de vacío existencial de los ricos a que ha conducido la sociedad neo-liberal semi paternalista; y por el cual tanto protesta la juventud rebelde y las muchas personas que critican "la calidad de la vida" que ha producido dicha sociedad.

El problema fundamental está en el énfasis paternalista de "dar" bienes materiales, en la importancia del "tener", en la subordinación del "ser". Aun cuando sean necesarios los bienes materiales para la existencia, no "se es" por lo que "se tenga"; el "tener" es importante en la medida que permita "ser".

Esa intangible pero fundamental diferencia entre el vacío existencial y la plenitud vital requiere el desarrollo completo de la personalidad en el desempeño del propio horizonte de quehaceres, al servicio de los demás; la participación solidaria de cada quien en la tarea común. Repitamos la perceptiva frase de Nietzsche: "Las puertas de la felicidad se abren sólo para afuera".

Por ello es tan importante concebir nuevos modelos de organización social, basados en la solidaridad y no en el egoísmo humano; orientados al servicio de todo el hombre —ser material y espiritual—, y no solo al "Homo Economicus" de Adam Smith o Carlos Marx.

#### IV CONCLUSION

La impresión que se deriva de las páginas anteriores, y que ahora confirmamos, es la de un profundo descontento y dolor con la situación patria y con la manera en que en la actual contienda electoral se tratan, o dejan de tratar, sus graves problemas.

Estamos conscientes de haber criticado. Esa fue nuestra intención, manifestada en el mismo nombre del artículo. Pero no hemos criticado simplemente por hacerlo, sino porque consideramos que la crítica honesta es elemento indispensable de la superación; y función propia y legítima del quehacer universitario.

En toda crítica honesta —llámesele constructiva o destructiva— hay siempre una intencionalidad creadora: la de construir modelos anti-típicos; modelos, que por enfatizar lo inadecuado, fuerzan la mente a pensar en lo conveniente; que descubren velos y abren a la vista otros horizontes, un tanto borrosos al principio, con más perfilados contornos después. Siendo el caso que ningún modelo será jamás perfecto y que, a pesar de ello, el hombre está obligado a la superación continua, es la crítica permanente lo que agudiza la praxis; lo que hace rodar el complicado engranaje del progreso, en una dialéctica crítica y creadora.

De nuestros modelos anti-típicos, liberales y neo-liberales, surgen algunas grandes conclusiones:

- a. La vía capitalista de desarrollo no producirá, en las particulares circunstancias salvadoreñas, el desarrollo económico y la justicia social, sino más bien la progresiva frustración de las grandes masas. Mientras se continúe confiando en los capitalistas para que, siguiendo su propio egoísmo, acumulen el capital productivo, estaremos condenados a un crecimiento económico sumamente lento. Este crecimiento podrá favorecer a una parte reducida de la población, pero no impedirá que siga en aumento la gran masa de indigentes.
- b. La condición "desarrollada" de algunas potencias neo-liberales no debería servir para nosotros de prototipo de valor, pues contiene demasiadas opciones que nos parecen inaceptables. En particular: la exaltación del egoísmo económico individualista, un concepto muy limitado de libertad, la instrumentalización de los seres humanos; una concepción del hombre bastante cargada sobre el "Homo Economicus" y el correspondiente vacío existencial, tal como estos asuntos son discutidos en nuestra crítica sobre las opciones de valor.
- c. Las circunstancias salvadoreñas hacen imperativo que el Estado asuma la responsabilidad del gran impulso económico-social. Tal cosa implica que el Estado realice la inversión masiva en todos los sectores, incluyendo los productivos. La gran tarea de quienes ganen las elecciones, según nuestro punto de vista, es la de preparar y disponer al Estado —mal preparado y dispuesto por ahora— para realizar esa trascendental misión.
- d. Quienes carguen con tan grave responsabilidad deberían estar muy conscientes del peligro de convertirse ellos mismos en élite opresora, o paternalista. Deben evitar cuidadosamente las modalidades totalitarias de actividad estatal. La intención debe

ser en todo momento crear estructuras que faciliten a todos los hombres, a cada uno, el acceso a su propia plenitud vital, en la participación solidaria de la tarea común. No caben en esta intención odios ni resentimientos contra nadie; tampoco negaciones de aceptar la colaboración de quienes, en el nuevo orden de cosas, tengan algo útil que aportar. Solo cabe una completa voluntad de servicio, intensamente purificada.

· Cómo hacer congruentes en El Salvador tales principios generales en un sistema viable, es algo que requerirá una sólida base ideológica, una buena porción de humanidad y un monumental esfuerzo técnico-ejecutivo. Está por demás enfatizar la dificultad de llenar tales requisitos. El problema es que, de otra manera, las perspectivas son peores.

Estén dispuestos o no a este esfuerzo, los ganadores de la contienda electoral, las Universidades del país están obligadas a realizar su función creadora. Es inútil soslayar la responsabilidad. Los universitarios salvadoreños no hemos cumplido a cabalidad, ni remotamente, esa función. ¿Dónde están los nuevos modelos de organización social? ¿Qué soluciones concretas y viables tenemos que ofrecer a los problemas centroamericanos? ¿Cómo se manifiesta esa "profundidad ideológica" y esa "gran capacidad técnica" de que hacemos gala?

No hay duda. Las deficiencias de las Universidades son en gran medida responsables de la superficialidad que a menudo observamos en las contiendas políticas, y del pobre contexto cultural que la permite.

Universitarios o no, debemos desarrollar nuestros propios modelos. Por imperfectos que estos modelos fueran —si estuviese asegurada la función crítica— en su aplicación evolutiva, seríamos dueños de nuestra propia historia.